6754

LUIS PASCUAL FRUTOS y ANTONIO PEREZ YUSTE

MARÍA DOLORES

ZARZUELA

en un acto, dividido en tres cuadros, original

MÚSICA DEL MAESTRO

TOMAS BARRERA

Copyright, by L. Pascual Frutos y A. Pérez Yuste, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

A mi querido amigo, com-
pañero y maestro en cosas
de teatro, Joaquín Montero
Recuerdo cariñoso
Luis

MARÍA DOLORES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

MARÍA DOLORES

ZARZUELA

en un acto, dividido en tres cuadros

ORIGINAL DE

LUIS PASCUAL FRUTOS y ANTONIO PEREZ YUSTE

música del maestro

TOMAS BARRERA

Estrenada en el TEATRO DORÉ de Barcelona, el 28 de octubre de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA DOLORES (tiple lírica) ..	Srta. C. Alfonso.
ROSALÍA (ídem cantante).....	A. Ariño.
BRUNA.....	Sra. M. Ferrer.
EL CONDE DE ALORA (galán joven).....	Sr. Tejada.
JUAN MANUEL (actor de carácter).	Torrijos.
MIGUEL (barítono).....	Romero.
JOSELIYO (actor cómico).....	P. Fernández.
DON JUSTO.....	Mata.
MANUEL.....	Sanz.
CRIADO 1.º.....	Solves.

Mozas, mozos y criados

La acción en un pueblo de Andalucía.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración a todo foro. En primero y segundo términos izquierda, gran fachada de casa de campo, con puerta practicable de dos hojas. En los mismos términos a la derecha, fachada de cocheras con puerta en primer término. En tercer término derecha, un pozo practicable. Por la escena útiles de limpieza de coches y caballerías, cubos, escobas, cepillos y un caballete con guarniciones de madroños, etc. La verja que circunda la escena lleva una gran puerta de dos hojas al centro. En el telón de foro, que representa la vega de Granada, debe verse como parte muy principal el Castillo de la Encrucijada en una gran montaña.

ESCENA PRIMERA

BRUNA, JOSELIYO y MANUEL. Al levantarse el telón, aparece sola la escena. Comienza a amanecer

Música

(La orquesta describe el amanecer, intercalando unos toques y repiques de campanas, anunciando la fiesta del día, terminando con la copla siguiente.)

VOZ (Dentro.)

En este mundo las cosas
todas tienen su por qué.
No son como quiere el hombre;
son como tienen que ser.

Hablado

BRUNA (Saliendo de la casa de la izquierda y dirigiéndose a la de la derecha donde empieza a aporrear la puerta.) ¡Malhaya sea el señor Conde y en qué día se

612301

le ha ocurrío venir! ¡Manuel! ¡Joseliyo Arriba, gandules, que el lusero ya se ha dío. Pero, ¿no oís, condenaos? Esto de que yo sea la criá de los criaos, es mucha servidumbre. ¡Joseliyo! ¡Manuel!

JOS. (Dentro.) ¡No somos sordos!

MAN. (Dentro.) ¡Pero a qué tanta priesa!

BRUNA ¡Arra-trao-! Pero, ¿no sabéis que va a venir el señor Conde?

MAN. (Saliendo en mangas de camisa y desperezándose.) Mardita siá el señor Conde y su visita.

JOS. (Idem, idem.) ¡Así se desnunque el señor Conde al salir de su castillo y no llegue aquí má que sus pedazos! ¡Máma mía! Con lo bien que se está a estas horas en el catre. (Manuel y Joseliyo cogen un cubo cada uno, le meten en el pozo y le sacan lleno de agua y con ella se lavan la cara.)

BRUNA ¿Y te quejas? Yo no sé lo que es pegar un ojo esta noche.

MAN. ¿Pensando en el baile de esta tarde?

BRUNA Haciendo confituras para que se las coma ese señor Conde, que asín premitan los mengues se le vuelvan rejalgar.

JOS. (Lavándose en el cubo.) ¡Máma mía! Pero Bruna, ¿te has pasao la noche haciendo confituras y te quejas? ¡Si a mí se me está haciendo la boca agua!

MAN. Y tu marío, ¿qué ha dicho?

BRUNA Que por qué no le hago a él esas feligranas en vez de reservármelas pa los extraños.

JOS. En eso tié razón. ¡Con lo que él te lo agradecería!

BRUNA ¿Y tengo yo la culpa? Pues asín que yo lo hago con gusto. Ya veréis como todos los piropos son para nuestra ama señá Rosalía, que se hará la interesante y presumirá de hacendosa.

JOS. Pues sí que puede que puedas tener razón. Señá Rosalía le gusta figurar y cree sobresalir de todas las del pueblo. (Joseliyo y Manuel después de lavarse y secarse, se pondrán los mandiles y empezarán a limpiar guarniciones.) Como ella procede de la Corte y allí fué una gran señorona, quiere imponer sus modas y sus caprichos y hasta habrá solicitado la visita del señor Conde para darse importancia.

MAN. ¡Y como presume de buena moza!

BRUNA ¡Pero como se debe a su marido, gasta pólvora en salvas.

JOS. El caso es que la gasta, que cuando llega de la Corte un personaje principal y se pone a tiro... dispara, y si no se pone a tiro, echa mano al reclamo.

MAN. Pues ha podido dejarlo para después de las fiestas y no hoy, en el comienzo de ellas.

BRUNA Si está hecho de propio intento. Como el señor Conde ha dao esos donativos pa que las fiestas de este año sean sonás y ha levantao una caseta lujosísima en el Real de la feria pa invitar a lo mejorcito del pueblo, señá Rosalía quiere darse a notar para ser la Presidenta y no privar, según dice ella, a su hijastra, María Dolores, de que luzca allí su hermosura.

JOS. ¡Pues contento está el señorito Miguel con que su novia vaya a la caseta del señor Conde!

BRUNA Y es para estarlo, que es joven y rico y tiene fama de conquistador.

JOS. ¡Máma mía! ¿Pero no va a casarse María Dolores con el señorito Miguel?

BRUNA Eso quieren ellos.

MAN. Y el padre también.

BRUNA Pero no la madrastra, que hace lo que puede para retrasar la boda, y como el señor Juan Manuel se ocupa más de las bestias que de su familia, así anda la cosa.

MAN. Es mucho señor Juan Manuel.

JOS. Así nos ha hecho madrugar a que le engalanemos la cuadra, para cuando venga el señor Conde.

MAN. Maldito siá el señor Conde.

ESCENA II

DICHOS y MIGUEL

MIG. (Aparece.) Sí, muchachos, maldito sea.

TODOS ¡Señorito Miguel!

MIG. No asustarse que yo también tengo esas simpatías por ese señor.

JOS. ¿Tampoco ha pegao usté los ojos?

MIG. Yo me entiendo. ¿Y el amo? ¿se ha levantao ya?

BRUNA Antes del alba. El señor amo está con mi marido en el potrero y la señorita acabando de aviarse.

MIG. ¿Tan temprano?

BRUNA ¡Como tienen que recibir al señor Conde!... (Con retintín.)

MIG. Ya pareció aquello. (Dando con el pie en el suelo.)

JOS. (¡Máma mía! ¡Cómo viene el señorito Miguel!)

MIG. Bruna, di a María Dolores que aquí la espero.

BRUNA Si no fuera indiscreta, le diría que hace más de media hora que le está a usted esperando.

MIG. Prefiero que venga aquí.

BRUNA Voy a decírselo. (Parece que le ha sentao mal el relente de la mañana.) (Mutis.)

MIG. Y vosotros con el yegüerizo, separar el ganao que habeis de llevar a la feria.

MAN. Señorito Miguel. ¿Pero es que usted no va a venir con nosotros?...

MIG. No, porque se me figura que la feria de este año no va a ser alegre para mí.

JOS. ¡Máma mía! ¡Y lo que aquí va a pasar! (Mutis.)

ESCENA III

MIGUEL y MARIA DOLORES

M. DOL. Buenos días, Miguel. (Desde primera izquierda.)

MIG. Buenos días, María Dolores.

M. DOL. ¿Qué cara es esa? ¿También te ha puesto de mal talante el madrugón?

MIG. Puede que sea eso.

M. DOL. ¿Sin duda porque no sospechabas que ibas a verme tan temprano?

MIG. Ni tan recompuesta.

M. DOL. Ya sabes que esperamos al señor Conde.

MIG. Porque lo sé y porque me figuraba que te pondrías de veinticinco mil alfileres para recibirle, es por lo que no veo claro el amanecer de este día.

M. DOL Pero, Miguel, ¡qué cosas dices! ¿Has pensado que yo?...

MIG. De ti no he pensao nada malo, que sé lo que me quieres.

M. DOL. ¡Entonces!..

MIG. De ese señorito fanfarrón y presumío, pienso tóo.

M. DOL. Pues si piensas todo, tus pensamientos te dirán que María Dolores no tiene falsía y que no sabe querer más que a uno solo.

MIG. ¿De veras, María Dolores?

M. DOL. ¿Pero ahora salimos con esas?

MIG. Perdóname, pero desde que el Conde compró el castillo de La Encrucijada, y casi tóo el contorno de Fontana de la Sierra, temo que venga por tóos nosotros.

M. DOL. Como rico, sí es rico.

MIG. Y enamorao como un Mañara y cuantas veo, cuantas quiero...

M. DOL. Sí que es muy fantasioso, según dicen, pero aquí, en Fontana de la Sierra, no gustamos de palabrería.

MIG. Por eso temo la de él.

M. DOL. ¿Y qué puede decir?

MIG. ¿Lo sé yo acaso, María Dolores?... Pero, ¿por qué os quiere llevar esta tarde a su tribuna?

M. DOL. Porque quiere que seamos nosotras las que repartamos los premios.

MIG. Si fuera por eso solamente...

M. DOL. ¿Pues qué otra cosa puede ser?

MIG. ¡Qué sé yo!... ¿Por qué te has puesto tan guapa?

M. DOL ¡Ja, ja, ja!... ¿Son celos?

MIG. Sí, ¿a qué ocultarlo? Temo que cuando el Conde te vea tan prendida, se enamore de ti.

M. DOL. Si es por eso, me quitaré estas flores y me pondré feísima. (Quiere quitarse las flores.)

MIG. ¡No, eso no!...

Música

MIG. ¿Tú fea? ¿Qué dices? Si no puede ser.
Para eso es preciso volver a nacer.
Juntarse la tierra y el cielo y venir
el gran cataclismo y todos morir.
Y estoy muy seguro que tú no querrás,
si no has de quedarte lo mismo que estás.

M. DOL. Por no darte celos, capaz yo seré
de hacerme dos chirlos, de andar en un pie.
Quedar tuerta o manca, o hacerme un chichón,
con tal que no pueda llamar la atención.

MIG. No digas eso, chiquilla,
que Dios te va a castigar,
y no quiero verte fea
porque me voy a asustar.

M. DOL. Así sois todos los hombres,
juzgáis por el exterior,
y no apreciais otras cosas
mejores, del interior.
¡Mereces que no te quiera,
por ser desagradecido!

MIG. Si sabes que te camelo
y estoy loquito perdido.
Con flores o sin las flores,
engalanada o sencilla,
serás para mí tú siempre
la flor de la maravilla.

M. DOL. ¡Embustero!... ¡Zalamero!...
Porque sabes que te quiero
me dominas y fascinas
con tus charlas peregrinas.

MIG. ¡Gitanaza! ¡Morenaza!...
Bien tú sabes darte traza
de embaucarme y marearme
solamente con mirarme.

M. DOL. ¿Es así?

MIG. Sí, es así.
Cuando es sólo tu mirada
penetrante, apasionada,
tierna y dulce para mí.

M. DOL. ¡Para tí!

MIG. ¡Siempre así!

M. DOL. } (A dúo.)
MIG. }
¡Embustero! ¡Zalamero!... etc.
¡Gitanaza! ¡Morenaza!... etc.

Hablado

M. DOL. ¿Estás ya contento?

MIG. A medias.

M. DOL. Pero, Miguel, como no quieras chocolate con bizcochos, no sé ya qué pretendes.

MIG. Una prueba más de tu cariño.

M. DOL. Si es cosa que se puede conceder, pide.

MIG. No vayas esta tarde a la tribuna del señorito.

M. DOL (Dudando) No iré. Me pondré mala.

MIG. Y yo estaré a tu lao pa curarte.

Ros. (Dentro.) ¡María Dolores!... ¡María Dolores!...

M. Dol. Mi madrastra. Vete al potrero, que no nos vea de palique tan de mañana.

Mig. ¿Pero, también ha madrugao?

M. Dol. La primerita. Como tiene esos delirios de grandeza, dice que para ella es un gran honor recibir a un Conde en su casa.

Mig. ¡Así piensa que soy tan poco para tí! ¿Ves cómo me da miedo todo?...

M. Dol. ¿Es que no tienes mi consentimiento y el de mi padre?

Mig. Sí, María Dolores, pero mira lo que son las cosas, más miedo tengo a tu madrastra, que a todos los señoritos juntos.

M. Dol. No te diré que haga lo que quiera de mi padre, pero de mis asuntos, ya sabe que no puede torcer mi voluntad...

ESCENA IV

DICHOS y ROSALÍA

Ros. Pero, María Dolores, ¿de palique? Bien se ve que madrugan ustedes.

Mig. ¡Como va a venir el señor Conde!... (Con retintín.)

Ros. Y a propósito. Ya sabe usted, Miguel, que es un señor muy cumplido y muy atento, y que nos ha invitado a su tribuna.

Mig. Ya estoy enterao.

Ros. Pues no ignorándolo, no será usted tan indiscreto que vaya allí a pelar la pava con María Dolores.

M. Dol. ¿Qué dice usted?

Mig. Señá Rosalía, ¿por qué me dice usted esas cosas?

Ros. Porque como para usted todo el monte es orégano y no deja en paz a la chica un minuto, hoy se debe a la fiesta y al cargo que la han designado.

Mig. ¿Qué cargo es ese?

Ros. Reina del festival.

M. Dol. Yo no puedo aceptar semejante cosa.

Ros. ¿Y vas a hacer un desprecio al señor Conde?

M. Dol. Lo que no quiero es hacer sufrir a Miguel.

Mig. (Bendita seas.)

Ros. ¡Aunque tu padre y yo quedemos malamente!

MIG. Una ligera indisposición lo arregla todo.

ROS. Y usted quiere arreglarlo a su gusto y eso es lo que no puede ser. Ya estoy harta de aguantar las impertinencias de todo el mundo. Ustedes, envalentonados, más que con el apoyo, con la manera de ser de mi marido, y con el desprecio que de mí hace por cuidar de sus bestias, se han creído que aquí no represento nada. Pues sépanlo ustedes para siempre: Si Juan Manuel, más atento a sus negocios, olvida sus deberes de padre y esposo, yo haré valer mis derechos de mujer y mi autoridad en esta casa.

MIG. Pero, señá Rosalía...

ROS. No estoy para perder el tiempo. María Dolores, avisa a tu padre.

M. DOL. Si está en el potrero, no saldrá hasta que deje listo el potro Relámpago.

ROS. Siempre igual.

M. DOL. Ya sabe usted que no le cambia por tóo el oro del mundo.

ROS. (¡Ni por su mujer! ¡Imbécil!)

MIG. Aquí llega el señor Juan Manuel.

ESCENA V

DICHOS y JUAN MANUEL

J. MAN. (Saliendo.) Ya pués venir los condes der mundo entero, que no valen tóos juntos lo que mi Relámpago. ¿Pero estás aquí, Miguelillo? ¿Y no has ido a ver esa preciosidad?

MIG. Si he llegao en este momento.

ROS. Y le interesaba más hablar con María Dolores que ver tu potro.

MIG. Usted perdone, señor Juan Manuel, pero como María Dolores se ha puesto hoy tan bonita...

J. MAN. Pues cuando veas a Relámpago, te queas ciego.

ROS. Y se le caerá la baba, te falta decir.

J. MAN. Puede que puede, que a mí se me han sartao las lágrimas cuando salia.

MIG. ¡Qué animal!

J. MAN. ¿Por quién lo dices?

MIG. Por el Relámpago. ¿Por quién iba a ser?

J. MAN. Y que lo digas Es un animal que no le hay mejor en toda la sierra.

ROS. Bueno, si has terminado, querrás almorzar.

J. MAN. Eso se quea pa vosotras, que habréis madrugao mucho y sois muy enclenques.

ROS. Como es tu deseo que recibamos al señor Conde, hemos tenido que arreglarnos un poco.

J. MAN. Pues es verdad; no me había fijao.

M. DOL. Pero, padre, ¿será posible que estés tan ciego por tu potro, que no te llamemos la atención nosotras?...

J. MAN. No digas eso, María Dolores, que a quereros bien, no es posible que nadie me iguale; lo que pasa, es que el señor Conde ha venío aquí a deslumbrar a tóos con sus riquezas y yo quiero demostrar a ese señorito, que tengo yo argo que vale más que sus millones. Por eso mi ansia de engalanar a mi potro y por eso no veo más que el momento de que venga, para que se quede alelao.

MIG. Es qué también se puede quedar alelao cuando vea a María Dolores.

M. DOL. ¡Miguel!

J. MAN. Otro triunfo que puedes apuntarte, porque muy prontito te casarás con ella.

MIG. Pero ese señor, se vanagloriará de tenerla en su tribuna.

J. MAN. No debes preocuparte, que para eso va Rosalía con ella.

ROS. Y usted comprenderá que todavía soy joven para hacer ciertos papeles, aunque ya no sirva más que para acompañar a la niña.. (Con marcada intención.)

J. MAN. ¡Qué cosas dices tú también! ¿No eres tú aquí la dueña de la casa?

ROS. No lo parece, Juan Manuel. No es que nadie me falte al respeto, que no lo consentiría, pero tampoco encuentro apoyo en ninguno. Tú, más atento a tus potros que a los asuntos de familia, y tu hija en el quinto cielo, soñando con su boda, sólo queda la cenicienta aguantando los golpes de todo el mundo, y ya son muchos, Juan Manuel..

J. MAN. Pero, ¿a qué viene eso, Rosalía?

ROS. Pregúntaselo a María Dolores.

M. DOL. Ha sido un decir de Migueliyo, de que pretextase una indisposición para no asistir a la tribuna... y como yo no tengo que ir a presumir de nada, no tengo en ello interés alguno.

ROS. ¿Lo ves, Juan Manuel? Eso es decirme que yo voy de pinturera. (Disputando)

M. DOL. Yo hablo por mí sola.

J. MAN. (Cortando la disputa.) Pues a callarse las dos, que ahora me toca a mí. Ni vosotras, ni Miguel, tenéis razón para esos temores. Cuando el Conde me hizo el ofrecimiento de su tribuna, no os conocía, ni la fama de vuestra hermosura había llegado a sus oídos. Es más, el ofrecimiento no se lo hizo ni a Juan Manuel, ni a su señora, ni a su hija; se lo hizo al ganadero, con quien desea buenas relaciones. Yo, ¿por qué no había de aceptárselo? ¿Es que en Fontana de la Sierra, hay familia más pudiente que deba ocupar ese sitio de honor? Pues eso es todo Yo le dí mi palabra, como él de venir a visitarnos. Si él viene, vosotras iréis a la tribuna con lo más mejor del cofre, que, si él quiere deslumbrar al pueblo con su certamen, la familia de Juan Manuel no ha de ser menos desde la Presidencia.

ROS. (¡Ya era hora de que triunfase una vez!)

M. DOL. No arrugues el ceño, Miguelillo. Te doy mi palabra de que no iré a la tribuna.

MIG. (¿Qué vas a hacer?)

M. DOL. (Cuanto sea preciso para ello.)

J. MAN. (A Rosalía.) ¿Lo ves? Ya están los dos más suaves que un guante.

ESCENA VI

DICHOS y JOSELIYO

JOS. (Saliendo foro.) ¡Señor amo! ¡Señor amo! ¡Con licencia!

J. MAN. ¿Qué ocurre?

JOS. ¡Máma mía! Que el señor Conde ha salido del castillo y aquí llega al galope de su caballo.

ROS. Voy a disponerlo todo.

J. MAN. No perder tiempo y echar la casa por la ventana para que vea ese señor, que Juan Manuel no es sólo un tratante de caballerías.

ROS. Vamos, María Dolores. (Mutis izquierda.)

M. DOL. Ya lo oyes, Migueliyo, no te incomodes mucho si salgo muy guapa. (Mutis izquierda.)

MIG. ¿Más todavía? ¡Está visto que hoy voy a estallar!

J. MAN. Arrea, Migueliyo, pa el potrero, que vas a ver canela fina. (Mutis primera derecha.)

MIG. ¡Vaya si voy a arrear! (Mutis primera derecha.)

JOS. ¡Máma mía! ¿Pues no estoy niervoso con la llegada de ese señorito? Yo creo que me he vestío pa comerme.

ESCENA VII

JOSELIYO y CORO GENERAL. Ellos con uniformes de Guardas jurados y escopetas. Ellas con falda corta y sombrero de paja y horquillas de labranza a guisa de arma

Música

CORO (Saliendo foro.)
¡Joseliyo! ¡Joseliyo!
Hemos visto por la vega
unos cuantos caballistas
que al galope aquí se acercan.
Dicen que es el señor Conde
que vendrá a la receción,
y por eso aquí nos tienes
a cumplir nuestra misión.

JOS. Pues el tiempo no perdamos
y marchad a vuestros puestos,
para hacer al señor Conde
un cortés recibimiento.
Y a seguida de que pase
os venís todos detrás,
aclamándole con vivas.
Esto es todo y nada más.

MUJERES Dicen que es un chico guapo.

JOS. Yo no le ví.

HOMBRES Dicen que es un libertino.

JOS. Creo que sí.

MUJERES Dicen que le gustan todas.

JOS. Es natural.

HOMBRES Dicen que de amor las rinde.

JOS. Yo haría igual.
Con su edad y su fortuna,
con su tipo y su valor,
lleva ya todo ganado
en las lides del amor.
Que no hay hembra que resista
la mirada de un doncel,

que además de guapo y fuerte
lleve la fortuna de él.

HOMBRES Aquí esas cosas, no han de pasar.

MUJERES En todas partes sucede igual.

HOMBRES Tú, por si acaso, no fíes de él.

MUJERES Tú, por si acaso, líbrate de él.

TODOS (Muy piano.)
Con su edad y su fortuna,
con su tipo y su valor, etc.
(Cuando han terminado, cada uno piensa lo que le puede suceder, hasta que Joseliyo les saca de su abstracción diciéndoles:)

JOS. ¡El señor Conde!
(Ellas pretenden arreglarse el tocado. Ellos se vuelven azorados sin saber qué hacer. Bajando al proscenio.)
En filas. ¡Presenten, armas! ¡Art!...
(Todos se ponen en fila y presentan armas.)
¡A sus puestos cada uno!...
Armas al hombro... ¡Art!...

TODOS (Mutis por el foro, cantando y evolucionando.)
Que no hay hembra que resista
la mirada de un doncel, etc.
(Hasta terminar, dentro y muy piano.)

ESCENA VIII

JOSELIYO y JUAN MANUEL

Hablado

JOS. Todas ellas van soñando en conquistarle, y todos ellos pensando en hacerle alguna mala pasada. ¡Máma mía! A ver si resulta una buena persona el señor Conde, y he metío la patita.

J. MAN. Pero, ¿no está aquí todavía la gente?

JOS. Ya va toda a tender la carrera para recibir al señorito.

J. MAN. Estará bien aleccionada.

JOS. Como viva el señor Conde, todos los vivas que le van a dar, no se muere nunca.

J. MAN. Eso crees tú. De envidia va a morirse cuando vea al Relámpago.

VOCES (Dentro.) ¡Viva el señor Conde!...

MÁS VOCES (Dentro.) ¡¡Viva!!...

J. MAN. Ya está aquí. Rosalía, María Dolores, Miguel. (Va al foro.)

JOS. Bruna, Manuel, yegüerizo. Aquí todos.

ESCENA IX

DICHOS, ROSALÍA, MARÍA DOLORES, MIGUEL, BRUNA, MANUEL y YEGÜERIZO. Todos muy ricamente vestidos

MIG. Ya está aquí... ¡Pues no empiezo a temblar!
M. DOL. Me da miedo ese hombre.
MIG. ¡Josú!... ¡Qué hermosa está María Dolores!...
M. DOL. Migueliyo. Apégate a mi vera para que no me falte el valor.
J. MAN. (Desde el foro.) ¡Prepararse, que llega!...
ROS. (Dirigiéndose al foro.) ¡Juan Manuel!... ¿Estamos bien así?
J. MAN. Déjame; ahora no estoy para nada. (Rechazándola.)
ROS. (¡Ni nunca! ¡Este hombre es inaguantable!)
JOS. (A los que salen.) Pero, ¿también estáis temblando? ¡Pues ni que estuviésemos esperando al Juez!
VOCES (Dentro.) ¡Viva el señor Conde!...
MÁS VOCES ¡¡Viva!!...
J. MAN. ¡Ya se apea del caballo y aquí viene! (Va a su encuentro.)
JOS. ¡Dios nos coja confesaos!

ESCENA X

DICHOS, CONDE, DON JUSTO, CORO GENERAL y CRIADOS. Las señoras del Coro se adelantan hasta el proscenio y hacen dos filas presentando armas. Los hombres quedan en el foro dando frente al público y presentando armas también

Música

HOMBRES ¡Viva el señor Conde!
MUJERES ¡Viva!
TODOS ¡Viva también la compaña!
CONDE } (Desde el foro.)
JUSTO } Muchas gracias, buenas gentes.
J. MAN. (Avanzando.) Disponed de esta su casa.
CONDE A sus muchas atenciones,
señor Juan, quedo obligado,
y tendré siempre presente
el recuerdo de este acto.
J. MAN. Les presento a mi señora.

CONDE ¡Oh!

CONDE
JUSTO ¡Señora!... (Conde la besa la mano.)

ROS. (Ruborizada.) ¡Caballeros! ..

CONDE (¡La Marquesita, su esposa!
¿Cómo ha podido ser esto?)

J. MAN. (Presentando a su hija.)
¡Mi heredera!...

LOS DOS (Avanzando.) ¡Señorita!..
(María Dolores saluda graciosamente. El Conde quiere besarla la mano. Miguel se interpone.)

J. MAN. (Comprendiendo que Miguel quiere evitar que bese el Conde la mano de su hija, le presenta también.)
¡Y Miguel, su prometido!

CONDE (Estrechando la mano que antes le tendió Miguel.)
Recibid mi enhorabuena.

MIG. Muy gustoso la recibo.
(Inmediatamente se separa del Conde y se va con María Dolores al primer término izquierda. El Conde ha quedado confuso de la audacia de Miguel, que aumenta cuando ve a Rosalía, que no levanta la vista del suelo.)

J. MAN. (Al Coro, que estará a la derecha.)
Ha tenido mucha gracia
la ocurrencia de Miguel.

MIG. (A María Dolores.)
Ya habrá visto, por mi audacia,
lo que nos importa de él.

ROS. (Abrasó mi mano helada
con el beso que me dió.)

CONDE (Si es verdad que está casada,
pronto he de saberlo yo.)
(Rosalía y Conde quedan frente a frente mirándose.)

Recitado

J. MAN. (Cortando el supuesto idilio.) ¡Ja, ja, ja!... Pero, señor Conde, ¿tanta impresión le ha hecho... la faena de Migueliyo?

CONDE (¡No es mala faena! ¡Si tú supieras!...)

J. MAN. ¿Y a ti también, Rosalía?...

ROS. (¡Me habré vendido?...)

J. MAN. Discúlpale, mujer, que al fin y al cabo va a ser tu yerno, y el pobretico está que no ve llegar ese día...

ROS. (Reponiéndose.) En verdad, que me ha sorprendido... pero el señor Conde sabrá perdonarle.

CONDE (¡Ah, qué idea!...) Pero, ¿qué dicen ustedes? Miguel no ha hecho más que lo que otros enamorados. Quiere bien a su novia y por su gusto no se separaría de ella. ¿No es cierto?

MIG. Eso mismito, señor Conde. Por mi gusto no me separaría de ella...

M. DOL. Ni por el mío tampoco.

CONDE Ya lo veo y mucho me complace, y si me lo permiten me ofrezco a ser el padrino de boda.

TODOS ¡Eh!...

MIG. } ¡Nuestro padrino!..
M. DOL. }

ROS. (¡Qué pretende!)

J. MAN. (¡Me achicó!)

JUSTO (¡Malo! ¡Malo!... ¡Va a hacer alguna de las suyas!)

CONDE Pero, señor Juan Manuel. Ahora es usted el que se ha impresionado...

J. MAN. Y lo confieso, que su leyenda de libertino, nos le presentó de muchas formas, pero nunca con tanta grandeza...

CONDE Fué siempre igual.

J. MAN. Y yo jamás he variado, y como no tengo más que una palabra, escuche ésta: Mi casa y mi hacienda, es bien poca cosa para quien tanto tiene, pero en mi potrero hay más de un ejemplar, que puede ser el orgullo de una caballeriza. Muchos compradores los tasaron a altos precios y ninguno consiguió llevárselos. ¡No había dinero para pagarlos!... Uno de esos ejemplares, el Relámpago, se lo ofrezco a usted!

TODOS ¡Eh!...

Cantado

TODOS ¡Qué dice!

J. MAN. Lo dicho.

MIG. ¡Señor Juan Manuel!...
¡El potro Relámpago quedarnos sin él!...

CONDE Si tanto le quieren aquí ha de quedar.

J. MAN. Yo di mi palabra y no hay más que hablar.

TODOS Ya dió su palabra y no hay más que hablar.

CONDE Si tanto le quieren aquí ha de quedar.

J. MAN. En cuanto le vea se queda con él,
y en fin, lo que vale, que diga Miguel.

TODOS En cuanto le vea se queda con él,
y en fin, lo que vale, que diga Miguel.

MIG. Es este potrillo tan superior
que en Granada y su vega iguales no hay dos.
Lo mucho que vale solo sé yo.
La fama le aclama por su valer,
y en concursos de ferias el premio es para él.
¡Lo mucho que vale solo yo sé!...
Todo lo bueno que Dios envió,
en el potro de mi amo allí se quedó.
Raza, finura, nobleza,
destreza, valor, ligereza y poder,
lo tiene todo mi potro
y lo luce al salir por la vega a correr.
Y al verse ensillado espera la voz,
y al ¡ah! del potrero arranca veloz...

TODOS Y al verse ensillado espera la voz...
etc., etc.

MIG. Como es de raza andaluza
tiene el potro al correr alegría,
que hasta en él se ve la gracia
que tenemos en Andalucía.

TODOS Como es de raza andaluza
tiene el potro...
etc., etc.

MIG. Y hay que admirar.

TODOS Y hay que admirar.

MIG. Lo juguetón
que se pone al trotar.
Muy orgulloso
siempre va por la vega
luciendo su andar,
y, pretencioso,
su braceo gallardo
mostrándonos va.

TODOS Muy orgulloso...
etc., etc.

MIG. Es este potrillo tan superior,
que en Granada y su vega iguales no hay dos,
ni nada en el mundo que sea mejor.

MIG. } Todo lo bueno que Dios envió
CORO } en el potro de mi amo allí se quedó.

TODOS Potro granadino, corre veloz,
que en Granada y su vega como tú no hay dos.
¡Chás!... ¡Chás!...
¡Que el mundo para ti es poco
corriendo veloz!
¡Corre veloz! ¡Corre veloz!,
potro querido, que vales por dos.
¡Corre veloz! ¡Chás! ¡Chás!...

Hablado

J. MAN. ¿Y qué dice usted a esto, señor Conde?
CONDE Que es un tesoro.
J. MAN. Pues para usted y no hablemos más.
CONDE No he de aceptarle, señor Juan Manuel, si no le pone un precio.
J. MAN. Ya le he dicho a usted que no hay dinero para pagarle.
CONDE Entonces, no quiero ni verle.
J. MAN. ¿Pero no ha venido usted a eso? Miguel, saca el Relámpago al corralizo, que le vea el señor Conde y luego él dirá si le quiere o no le quiere.
MIG. Voy volando. (A María Dolores.) (Pero tú no irás a la tribuna.)
M. DOL. (No iré.)
MIG. (Entonces va a salir de aquí achicao. Gracias, María Dolores.) Verá usted qué alhaja. (Mutis izquierda.)
CONDE Razón de más para no aceptarla.

ESCENA XI

DICHOS menos MIGUEL

J. MAN. Aluego que la vea me lo dirá.
JUSTO No insista usted, señor Juan Manuel, que no ha de convencerle al Conde.
J. MAN. ¡Si sabré yo lo que es el Relámpago!
CONDE (A Rosalía y María Dolores.) Les supongo enteradas de lo que hemos dispuesto para esta tarde en la feria.
ROS. Algo nos ha dicho Juan Manuel de una invitación a su tribuna.
CONDE Espero que aceptarán.
ROS. Nosotras, con mucho gusto; pero hemos de consultarlo con mi marido. ¡Juan Manuel!.. (Dirigiéndose a él y hablando en voz baja.) Con permiso. (Por don Justo.)
CONDE (A María.) ¡Os habéis quedado pensativa!
M. DOL. ¿Y cómo lo habéis adivinado?
CONDE Y sé lo que pensáis.
M. DOL. ¿También eso? Es curioso.
CONDE Es lógico, señorita. Estáis enamorada y os agradaría pasar la tarde al lado de vuestro novio. ¿No es eso?

M. Dol. Eso es.

Conde Pues nada más fácil para conseguirlo: que venga a la tribuna.

M. Dol. Prefiero quedarme fuera con él. Lo demás lo habéis adivinado.

Conde Y esto también.

M. Dol. Entonces, ¿no os molestará que no acepte?

Conde Yo no puedo obligaros.

M. Dol. Muchas gracias, señor. Sois muy amable. (Se separa de él.)

Ros. (Al Conde.) Cuente usted con nuestra asistencia. Juan Manuel nos da su permiso.

Conde Pero su hija no quiere ir.

Ros. ¿Eso ha dicho María Dolores?

M. Dol. (¡Hablan de mí!) (Sin que puedan observarlo se aproxima al grupo y escucha la conversación.)

Conde Prefiere quedarse aquí con su novio.

M. Dol. (¡Eso es, para que os vayáis enterando!)

Ros. Lo que prefiere María Dolores es que yo me pase la vida entre estas cuatro paredes sufriendo las impertinencias de todos y eso ha tocado a su límite. Si ella no va, iré yo sola.

Conde ¿Seríais capaz?

Ros. ¿Y por qué no?

Conde La leyenda me ha hecho un ser peligroso para las mujeres. Pensad que vais a ir sola y os van a ver conmigo.

Ros. Pero al Real de la feria y a la vista de todo el mundo. Hoy es un día de gala y la mujer de Juan Manuel ha de lucir las que tiene, para que las conozca una vez siquiera todo el pueblo de Fontana.

Conde Y os admirarán como os admiraron en la Corte cuando érais la Marquesita de Lucientel...

Ros. ¡Cómo! ¿Conocéis mi vida pasada?...

Conde Sé de ella, hasta que os separásteis del Marqués...

Ros. ¡Callad, por favor! Si alguien os oyera...

Conde Os espero en la tribuna si os atrevéis a ir.

Ros. Os juro que iré.

M. Dol. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah! ¡He de averiguarlo!

Mig. (Dentro.) ¡Señor Juan Manuel, cuando ustedes quieran!

J. Man. Ya lo oye usted, señor Conde.

Conde Pero ya sabe usted mi condición.

J. Man. Está bien; ponga usted el precio.

Conde Eso ya es otra cosa.

J. Man. Vamos al corralizo.
Conde Antes quiero que esta buena gente beba por nuestra salud. Justo, entrégales unos billetes.
Justo ¿Quién se hace cargo de ellos?
Jos. Cualquiera. Yo mismo.
J. Man. ¿Con qué licencia?
Conde Déjelo usted, señor Juan Manuel, que bien merece que refresquen las gargantas que tantos vivas han dado.
J. Man. No hay quien pueda con usted.
Conde Hasta ahora nadie.
Justo Tome, pues.
Jos. ¡Máma mía! ¡Doscientas luas! ¡¡Viva el señor Conde!!
Todos ¡Viva!
Jos. ¡Viva el señor Conde!...

Música

Hombres ¡Viva el señor Conde!...
Mujeres ¡Viva!
Todos ¡Viva también la compaña!
Conde Muchas gracias, buenas gentes.
J. Man. El potrero nos aguarda.
Ros. Antes debe tomar algo.
J. Man. La yeguada es lo primero.
Conde Yo no debo desairarla.
Vamos. Si me hace el obsequio.
(La ofrece el brazo, que Rosalía acepta.)
Ros. Muy gustosa, señor Conde (Mutis a la casa.)
M. Dol. (¡Y se van juntos del brazo!)
J. Man. Va usté a ver ahora, don Justo,
cómo la entrega volando.
Justo El se saldrá con la suya.
J. Man. Lo veremos... (Mutis a la casa.)
Justo Lo veremos. (Idem.)
M. Dol. (Y mi padre sin ver nada
de que minan su terreno.)
Hombres (Rodeando a José.)
¿Qué te ha dao?
Mujeres (Idem.) ¿Cuánto ha sido?
Jos. Dos billetes nada más
y nos toca en el reparto...
pues... una barbaridad.
M. Dol. ¡Ay, Virgen de las Angustias,
de mi padre ten piedad!
No consientas que esa infamia
los dos puedan realizar.

ESCENA XII

MARIA DOLORES, MIGUEL, JOSELIYO y CORO GENERAL

MIG. (Saliendo y dirigiéndose asustado a María Dolores.)
¡María Dolores! ¡Te veo angustiada!
¿Aquí qué ha ocurrido?
M. DOL. Te juro que nada.
MIG. Al Conde dijiste que no ibas con él.
M. DOL. Así se lo dije, mas oye, Miguel.
¡Forzoso es que vaya!
MIG. Será si yo quiero.
M. DOL. Iré aunque te opongas con el mundo entero.
MIG. ¿Acaso te obligan, o quieres reñir?
M. DOL. Ni lo uno ni lo otro, mas tengo que ir.
(Mutis a la casa.)

ESCENA XIII

DICHOS menos MARIA DOLORES

MIG. ¡Joseliyo! ¡Muchachos! ¿Qué ha sucedido?
JOS. Que sepamos nosotros... lo que usté ha oído.
MIG. ¡Que se va con el Conde! Pero, ¿y por qué?
JOS. Pues será.. por mi parte, yo no lo sé.
MIG. (A los demás.)
¿Y vosotros?
TODOS Nosotros, nada sabemos.
Y la causa, si hay una, desconocemos.
MIG. Eso es decir que hay uno que sobra aquí.
¡Y ese soy yo!
(Dirigiéndose a la puerta de la casa y maldiciendo.)
¡Malhaya!
TODOS ¡Pobre de ti!
(Recordando pianísimo la canción de Joseliyo, en tanto que Miguel hace mutis llorando.)
Que no hay hembra que resista
la mirada de un doncel... etc.
(Miguel queda tras de la verja contemplando la casa de su novia. Joseliyo, en el centro de la escena, queda haciéndose cruces de la supuesta versatilidad de María Dolores. Los demás personajes, agrupados a la derecha, ellas miran a Miguel con lástima y ellos a la casa amenazadores. Cuadro.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de campo.

ESCENA PRIMERA

MIGUEL y JOSELIYO

Jos. Pero venga usté a rasones, señor Miguel.
Mig. Si no puedo.
Jos. ¡Máma mía! ¡Si no quiere usté escucharme! Asina que le explique todo lo sucedido, entonces tome la resolución que mas le acomode.
Mig. Está bien. Habla.
Jos. Ascuche usté. Entramos en el potrero... ¡Y cuanto siento que no lo haya usté vistol...
Mig. ¿El qué?
Jos. La admiración, el asombro, el desquiciamiento del señor Conde, al ver aquella yeguada tan magnífica. ¡Máma mía! Yo mismo me sentí orgulloso de ser el mozo de cuadra.
Mig. ¡Acabarás!
Jos. Pues el señor Conde se fijó, y cómo no, en el Relámpago y pásmese usté, ofreció diez mil pesetas...
Mig. ¿De veras, Joseliyo? ¿Pero el señor Juan Manuel aceptó?
Jos. A condición de que se lo dejase llevar al concurso de ganado.
Mig. ¡Mardita siá! ¿Pero es que el señor Conde se ha propuesto llevarse tóo lo más mejor que tenemos en Fontana de la Sierra?
Jos. Señor Miguel, bien lo paga.
Mig. Y así os ha embaucado a todos y por eso me explico que María Dolores haya aceptado un puesto en la tribuna.
Jos. ¿Y si la ausencia de su padre la obligó a acompañar a su madrastra?
Mig. ¡Pero es que el señor Juan Manuel!...
Jos. No se acuerda ni de su mujer ni de su hija dende que ha triunfao del señor Conde. ¡No

ha querido ni comer! Asina que se marchó el *huéspede*, montó en el Relámpago y se fué a la feria para presentarle al concurso y como le han concedío el primer premio, está el señor Juan Manuel, que no hay quien le separe de su potrillo y más alegre que unas seguirillas.

MIG. Pero anterior a esto, María Dolores ya había decidido ir a la tribuna.

JOS. A saber sus intenciones, que no serán malas, y cuando ha hecho esta faena, por algo será.

MIG. No, Joseliyo, no; María Dolores no se ha portado bien conmigo, ni con ella misma, que por muy buena acción que sea la que esté realizando, todos la creen otra cosa y yo ya no sé qué pensar.

JOS. ¡Máma mía! Pero, ¿qué dice usté, señor Miguel? María Dolores le quiere a usté más que antes y si no, ¿por qué lloraba cuando iba a la feria?

MIG. ¿Que lloraba, dices?

JOS. Yo la vide con estos ojos, aunque ella quería ocultármelo, pero el balbuceo de su palabra era muy entrecortao y cuasi, cuasi monosilabo.

MIG. Pero, ¿cómo sabes tú eso?

JOS. Toma, porque me habló.

MIG. ¿Qué cosa te dijo?

JOS. Que le buscase a usté donde estuviera y le dijese de su parte, que le necesitaba en la tribuna del señor Conde.

MIG. Pero, animal. ¿Y por qué no has empezado por ahí?

JOS. ¿Y yo qué sabía donde encontrarle? Usté se fugó de casa, asina que le dijo María Dolores que iba a la tribuna y aunque el yegüerizo y Manuel y los mozos del potrero salimos en su busca, hasta ahora que yo he topao con usté, pos no podíamos decirle nada.

MIG. ¿Y te dijo que fuese a la tribuna?

JOS. ¡Y con ansia!... Pero ya llegamos al *istem misa est.*

MIG. ¿Y por qué no me lo dijo esta mañana?

JOS. Pues misté, se me ha olvidado preguntárselo, pero se lo preguntaré a la noche.

MIG. No, Joseliyo, ya es inútil. Lo sucedido esta mañana, mi fuga y lo que haya podido su-

ceder en la tribuna esta tarde, es lo bastante para que yo me aleje para siempre.

Jos. ¿Dónde va usted tan desesperanzao? Créame, señor Miguel, lo que ha hecho María Dolores, puede estar mal hecho para el vulgo, pero que se trae otra intención... eso se ve con gafas ahumás, pero se ve.

Mig. Como todo Fontana de la Sierra la habrá visto junto al Conde en la tribuna.

Jos. Mejor que mejor.

Mig. ¿Y tú lo aplaudes?

Jos. Naturalmente, porque en la tribuna y a la vista de todo el pueblo, no creo que hayan pasao cosas que no puedan ser vistas. Peor hubiera sido en otra parte.

Mig. ¡Oh, eso sí que no!

Jos. Pues para evitarlo, no hay más que ir en busca de María Dolores, pero no triste ni cariacontecido, sino con la sonrisa en los labios y con la satisfacción de que aquel capullito de rosa es para usté, aunque se oponga el mundo entero.

Mig. Dices bien. Vamos a buscarla; aunque tenga que sufrir otra humillación.

Jos. ¡Máma mía! Pues si se le va a caer la baba y las pestañas del desgaste de verla. Está de hermosa, y usté perdone la irreverencia, como para llevarla en procesión, aunque yo cargase con ella.

Mig. Joseliyo, ¿qué dices?

Jos. Algo que le saque a usté de sus casillas, para que se decida de una vez.

Mig. Pues no perdamos más el tiempo.

Jos. ¡Máma mía! ¡Con esa moza, en seguida iba yo a perder el tiempo. (Mutis.)

ESCENA II

MARIA DOLORES y ROSALÍA, prendidas con la clásica mantilla

Ros. Después de la sofocación que me has dado en la tribuna, no pretenderás darme otra con esta caminata.

M. Dol. Necesito llegar a casa en seguida.

Ros. No lo deseo menos que tú, pero no con tanta precipitación que no pueda decirte algo que te convenga.

M. Dol. Ya soy mayor de edad.
Ros. Pero sin juicio y sin reflexión, para que te autorice la aventura de esta tarde.
M. Dol. Para mí ha sido encantadora.
Ros. Y muy atrevida y poco edificante.
M. Dol. ¿Por qué? ¿No fué cosa de ustedes el que nos luciésemos en la tribuna? Pues yo he tenido mi cháchara y mi alegría. ¡Más obediente!...
Ros. Demasiado. Con esa cháchara peligrosa y constante, no has permitido al señor Conde que cumpla los deberes de cortesía con los demás invitados.
M. Dol. (¡Te veo!) ¡Pues el Conde lo ha agradecido tanto!...
Ros. ¿Y él qué podría perder con eso? Lo habrá considerado un triunfo.
M. Dol. Los hombres son muy vanidosos.
Ros. Sí, señora, y en este caso más, porque debiéndote al novio, has preferido abandonarle por estar con el Conde.
M. Dol. Miguel me conoce lo bastante para dudar de mí.
Ros. No así las demás gentes.
M. Dol. ¿Y qué me importa de ellas?
Ros. Dirán que el Conde te ha conquistado.
M. Dol. Sólo las envidiosas.
Ros. Y las personas decentes pondrán en entredicho tu reputación.
M. Dol. Pero usted no, que ha presenciado todo.
Ros. Porque lo he presenciado me has hecho creerlo y eso es lo que no he de consentirte, María Dolores.
M. Dol. ¿Por qué?
Ros. Porque te debes a Miguel.
M. Dol. ¿Sólo por eso? Si usted antes no le quería.
Ros. Le quiere tu padre.
M. Dol. ¡Ah, mi padre!... Verdad que es bueno mi padre y que no es merecedor de ese disgusto
Ros. Sería matarle si el honor de su apellido rodase por el lodo.
M. Dol. ¿Y usted lo cree así firmemente?
Ros. Porque lo creo te suplico, María Dolores, que abandones esas ideas.
M. Dol. Sí, sería una infamia si llenásemos de oprobio a un pobre viejo.
Ros. Entonces... ¿Despreciarás al Conde?
M. Dol. No. El amor de mi novio, mi felicidad y mi

reputación, lo pongo en sus manos, para evitar a mi padre una vergüenza mayor.

Ros. ¿Qué quieres decir?

M. Dol. Que os he quitado el novio, para que no os burléis de mi padre.

Ros. ¡María Dolores!...

Música

Ros. Si loca te has vuelto por esos amores
y buscas disculpas a tal ceguedad,
injuria y calumnia, María Dolores,
mas no me condenes con tanta crueldad.

M. Dol. No más fingimientos y hablemos muy claro.
Defienda o disculpe su infame traición;
la causa o motivos decid sin reparo,
que aun puedo curarla su loca pasión.

Ros. ¿Quién se atreve a pregonarme
sin que lleve su castigo?

M. Dol. Yo, que toda su falsía
esta tarde he sorprendido.

Ros. ¡Mientes!

M. Dol. Digo las verdades.

Ros. ¡Pruebas!

M. Dol. Una sola basta.
Cuando mirásteis al Conde,
os delató la mirada.

Ros. Loca estás.

M. Dol. Y luego atenta
una aventura escuché
de la joven Rosalía
que fué amiga de un Marqués.

Ros. ¡Calla!

M. Dol. Y el Conde atrevido
resucitó aquél amor.

Ros. ¡Calla!

M. Dol. Y ella complaciente
una cita le aceptó.

Ros. ¡María Dolores, de mí tén piedad!

M. Dol. ¿Y usted de mi padre la tuvo jamás?

Ros. Y si él con su injusto desvío hacia mí,
fué causa de todo lo que hice hoy aquí.

—

Caprichos de la suerte así lo hicieron.
Me trajeron las penas que a mí se unieron.
Si aquellas me recuerdan
tristezas y dolores,
que por siempre amargaron

mis primeros amores,
tampoco aquí mi suerte fué mejor,
pues no encontré el amor.
Los halagos me faltan de mi esposo,
ya no es, como antes era, cariñoso,
y resignarme ya más no quiero,
marcharme mil veces prefiero,
al dolor
de aceptar su humillante limosna de amor.

M. Dol. La casada es flor de estufa
y es su casa invernadero,
cuanto más tiempo esté en ella
mucho mayor es su mérito.

Ros. No son malas ni culpables
muchas veces las mujeres.
Son culpables los maridos
que no cumplen sus deberes.

M. Dol. Pues yo he de impedirlo por todos los medios.
Mi padre no puede sufrir tal baldón.
Si al Conde la llevan amores o asedios
resista y domine su loca pasión.

Ros. ¡María Dolores!

M. Dol. También sufro y lloro,
que veo perdida mi felicidad.
Mañana en el pueblo dirá el pueblo a coro
que soy una infame.

Ros. ¡Oh, calla, piedad!

M. Dol. Renuncie a ese hombre y así nos salvamos.

Ros. ¡Contar el podría mi historia de amor!
Yo tengo que verle.

M. Dol Y yo he de impedirlo.
Mi padre es primero. Lo exige su honor.
(La dirige una mirada amenazadora que humilla a Rosalía, y después rompe a llorar y hace medio mutis.)

Ros. ¿Dónde vas? (Deteniéndola.)

M. Dol. A la locura.

Ros. Eso no, no puede ser.

M. Dol. Renuncie a ese hombre.

Ros. Te juro
que cumpliré mi deber.

M. Dol. Ha de ser sin verle más.

Ros. ¡Así lo haré!
¡No le verá jamás!

M. Dol. (¡Su triste situación yo compadezco!)

Ros. (¡Un martirio tan grande no merezco!)

M. Dol. ¡Virgen María
ten caridad!

M. Dol. Ros.

Y manda clemente,
tesoro de piedad,
sobre todos nosotros
su inmensa bondad.

¡Virgen de las Angustias,
de mí ten piedad,
y mitigue mi pena
su inmensa bondad.

(María Dolores queda llorando en un extremo y Rosalía en el otro. Poco después, Rosalía avanza hacia María Dolores, la toma la mano y se prosterna en súplica. María Dolores se vuelve, y al ver la humillación de aquella mujer, la ayuda a levantarse, la coge en sus brazos con ternura y la conduce cariñosamente mientras cae el telón)

MUTACION

CUADRO TERCERO

La escena representa un salón del castillo del Conde. En primeros términos puertas practicables. Un gran ventanal en el foro, cubierto por una cortina. Muebles por la escena y araña pendiente del techo. Telón de foro, la vega de Granada.

ESCENA PRIMERA

CONDE y DON JUSTO. Al levantarse el telón, aparece el Conde mirando la vega por el ventanal. Don Justo paseando por la escena

Justo — No, querido Alberto, no esperes que secunde tus planes, porque los repruebo en absoluto. En tu minoría de edad satisfice tus caprichos porque eran inocentes; al presente, como administrador, te he permitido algunas locuras; la de ayer, como consejero y amigo, no he de autorizar que la lleves adelante.

Conde — (Separándose del ventanal.) Pero escúchame, Justo, primero y luego condena.

Justo — Sé lo que se murmura por el pueblo, y aunque sea exagerado lo que se dice, es lo suficiente para ver un peligro que te amenaza.

Conde — Sí, la eterna leyenda de enamorado que me persigue por todas partes y tú bien sabes que soy víctima de ella.

JUSTO Es que ayer en la tribuna diste sobrados motivos para dar pábulo a la leyenda.

CONDE Lo niego, y en cuanto a Rosalía, estuvo bastante discreta en la conversación que sostuvimos, para que nadie advirtiese de lo que hablábamos.

JUSTO ¿Pero también te atreves con la mujer de Juan Manuel? ¿Y niegas que no diste motivo para la murmuración?

CONDE Sólo se redujo a suplicarme silencio y pedirme una entrevista para contarme sus tristezas.

JUSTO Como si tú pudieras remediarlas.

CONDE Pero tampoco desoirlas.

JUSTO ¿También desfacedor de entuertos?

CONDE Mucho quieres saber y en verdad que no debes ignorarlo, siquiera para que no juzgues mal de mi conducta. Rosalía fué amante de un Marqués, que la abandonó cuando se cansó de ella y la pobre muchacha, dolorida por el desengaño y queriendo ocultar su falta, vino a vivir a uno de estos pueblos, en tan buena ocasión, que la vió Juan Manuel, se enamoró locamente y la hizo su esposa.

JUSTO ¿Conociendo lo del amante?

CONDE Nunca se atrevió Rosalía a revelárselo y Juan Manuel tampoco se ocupó de averiguar la vida anterior de su mujer. Lo cierto es que aquí todos la ignoran, y juzga de su terror, cuando supo que yo era amigo de su amante.

JUSTO ¿Y vas a tener el valor de recibirla?

CONDE Al promediar la tarde, cuando estén en la feria, su marido con el ganado y su hijastra con el novio, Rosalía vendrá aquí.

JUSTO ¿Y es todo eso?

CONDE Nada más.

JUSTO Entonces no sabes ni media palabra de lo que pasa.

CONDE Si no te explicas...

JUSTO Se dice por el pueblo, que ayer en la tribuna, María Dolores, habló y rió contigo descarada e incitantemente.

CONDE No pude observarlo si era así, porque estaba preocupado con lo que me había dicho su madrastra.

JUSTO Pues tú también reiste y charlaste con ella, que eso lo vi yo.

CONDE Pero maquinalmente. Tenía que disimular lo que pasaba por mi ánimo y charlé y reí sin darme cuenta.

JUSTO ¡Pues buena la has hecho!

CONDE ¿Qué hice?

JUSTO Que maquinalmente te enamoraste de María Dolores, maquinalmente la pretendiste y maquinalmente has deshecho la boda de ella con Miguel.

CONDE Pero, ¿tú lo crees así?

JUSTO A quien tienes que convencer es al novio, que desde ayer no ha vuelto por el cortijo.

CONDE Eso es una infamia.

JUSTO Reconociéndolo, evitarás que siga adelante y llegue a conocimiento de Juan Manuel.

CONDE Ya lo sabrá.

JUSTO Mientras haya feria de ganados, él no se ocupa de otras cosas.

CONDE Es que esta es de importancia.

JUSTO Más importante era la vida de su mujer y no se preocupó de averiguarla. Sin duda cuando se casó, habría feria de ganados.

CONDE ¿Y qué me aconsejas hacer?

JUSTO Lo primero es ir a buscar al novio y darle toda clase de satisfacciones.

CONDE Eso es hacerme reo de un delito que no he cometido.

JUSTO Más reo te harías con tu silencio.

CONDE Yo no debo estar a merced de lo que digan las gentes. Aún hay clases.

JUSTO Piensa que tú puedes ser el causante de ese escándalo y no sería noble dejar indefensa a la muchacha. Tú no puedes hacer eso.

CONDE Está bien. Después que hable con Rosalía, arreglaremos esa cuestión.

JUSTO ¿Pero aún insistes en la entrevista?

CONDE Como ella venga, aunque se oponga todo el mundo. (Golpes en la puerta.) Ella debe ser. Adelante.

ESCENA II

DICHOS y CRIADO

CRIADO (Desde la puerta.) El Administrador del señor Juan Manuel, ha llegado y desea verle.

CONDE ¡Miguel!

JUSTO ¡El novio!

CRIADO El mismo.
CONDE Dí que pase.
CRIADO Viene también un tal Joseliyo.
CONDE Pues que pasen los dos.
JUSTO ¿Qué vas a hacer?
CONDE Ya veremos cómo se presentan.

ESCENA III

DICHOS y JOSELIYO

JOS. (Ya dentro) ¿Dan ustedes su licencia?
CONDE Si está dentro, ¿para qué la pide?
JOS. La pido para el señorito Miguel, que se ha quedado fuera.
CONDE ¡Ah! ¿Para su señorito? Pues dígale que ya puede pasar.
JOS. Es que además quería decirle que mi señorito quisiera hablarle a solas.
JUSTO ¡Malo! ¡Malo!
CONDE ¿Y para hablarme a solas viene con usted?
JOS. Soy yo el que vengo con él, que no es lo mismo.
CONDE Bravo. ¿Y viene usted de hombre bueno?
JOS. Soy regular nada más, pero me doy a entender de las gentes.
CONDE ¿Y con su señorito no voy a poder entenderme?
JOS. Maliyo lo veo, porque está muy herido...
CONDE En ese caso, que se entienda con mi administrador, porque a mí no me gusta perder el tiempo.
JUSTO Ya lo oye usted.
JOS. ¿Es usted su administrador?
JUSTO Y estoy a sus órdenes.
JOS. Muchas gracias; pero hay cosas que sólo las puede hacer el interesado.
CONDE Acabemos de una vez. ¿Qué desean ustedes?
JOS. Yo, muy poca cosa. Que escuche con calma lo que va a decirle mi señorito y aluego que le haya dicho todo, usté dirá.
CONDE ¿Y si se me agotase la paciencia?
JOS. Lo sentiría por usté.
CONDE Eso implica una amenaza.
JOS. Eso es sólo un aviso providencial, en forma de criado y servidor.
JUSTO ¿Le amenaza algún peligro?

JOS. Inminentísimo.
JUSTO ¿Y está usted con esa calma?
JOS Las malas noticias hay que darlas poco a poco.
CONDE Pues dígalas de una vez.
JOS. No puedo calcularlas sin saber antes el resultado de esta entrevista. ¿Que es bueno? Pues aquí no ha pasado nada.
CONDE ¿Y si fuera malo?
JOS. Pues si fuera malo... más peor se pondría este asuntiyo... ¡Vamos, que... no daba una perra chica por su seguridad!...
CONDE ¡Ja, ja, ja!...
JUSTO ¿Quién se atrevería?
JOS. ¡El coco!
CONDE Ea, basta de impertinencias y diga a su señorito que pase.
JOS. Está bien; pero que conste que soy un aviso providencial. (Vase al foro y llama.) ¡Señorito Miguel! Que pase. ¡Sí, aquí!
JUSTO Vienen a pedirte cuentas.
CONDE Pues las saldaremos como tenga por conveniente.

ESCENA IV

DICHOS y MIGUEL

MIG. (Saliendo.) Buenas tardes.
CONDE Buenas las tenga quien viene a honrar mi casa.
JOS. (A Miguel.) Ya lo oye usté; más finura, ni en una confitería; achíquele con otra delicadeza suya.
CONDE Tome usted asiento.
MIG. Muchas gracias, quisiera ser breve.
CONDE Pues usté dirá.
MIG. Era mi propósito hablarle a solas...
JOS. Don Justo es el señor administrador.
JUSTO Pero me retiraré con su criado, si es su deseo.
MIG. Tal vez no le convenga al señor Conde que se entere nadie de ciertos asuntos.
CONDE Para mi administrador no tengo secretos y este asunto no será de mucha importancia, cuando se lo confía a su criado.
JOS. Es que ahora vengo de administrador.
JUSTO ¿Es usted su administrador?

Jos. (Me parece que me lo dice con doble intención.)

Justo Entonces, querido colega nos entenderemos perfectamente. (Suben al foro y se estrechan la mano.)

Conde Estoy a sus órdenes.

Mig. Señor Conde, usted no ignora que estaba para casarme con María Dolores y que ayer fué con usted a la tribuna de la feria.

Conde Y allí observó una conducta intachable.

Mig. Sí lo creo, que ella es muy buena, pero ¿qué la dijo usted que hoy es muy otra y qué pasó allí para que todo el pueblo lleve en lenguas a la muchacha y a mí, me mire con recelo?

Conde Yo le juro, Miguel, que entre María Dolores y yo, sólo hubo una conversación de cortesía. Si la gente, cometiendo una infamia, ha creído ver otras intenciones, no sólo protesto, sino que la castigaré.

Mig. Pero el mal causado así no se remedia.

Conde Pero, ¿usted cree que hubo alguno? ¿En tan poca estima tiene usted la dignidad de su novia, que supone que puede perderla por una breve conversación?...

Mig. Y ella, ¿por qué no se defiende?

Conde ¿De qué ha de defenderse si no ha incurrido en falta?

Mig. Es que se trata de su dignidad, de su porvenir, y no creo que sea el caso para verle con esa indiferencia.

Justo Hay cosas, joven, y me permito terciar en la conversación, que cuanto más las sacan de quicio, menos consistencia tienen y caen más pronto por su peso. La infamia que atribuyen a María Dolores y al Conde es tan burda, que no puede hallar eco en las personas honradas, pues en el caso peor, de que el señor Conde se hubiera permitido lisonjear a María Dolores, en plena tribuna, llena de invitados, y aún lo pongo más grave, con no buenas intenciones, ¿es que la joven que está para casarse va a perder su felicidad, por unas palabras insolentes, de un hombre que jamás podría ser de ella?

Jos. Perdonen ustedes que me inmiscuya también en la conversación como mi colega. Yo creo...

CONDE (Interrumpiéndole.) ¡Basta!
JOS. Pero, ¿por qué no he de inmiscuirme?
CONDE Repito que nuestra conversación fué cortés.
MIG. ¿Y ella, por qué no lo declara así, para acallar la murmuración?
CONDE Porque la desprecia.
MIG. Pero en tanto, el nombre de María Dolores va en lenguas de la gente y eso no puedo consentirlo.
JUSTO Usted únicamente puede evitarlo.
MIG. ¿Yo?... Eso le corresponde al señor Conde y a obligarle he venido.
CONDE Y por María Dolores, más que por su arrogancia, estoy dispuesto a restablecerla en su buen nombre, pero usted me dirá cómo.
MIG. Pues... no se me ocurre la manera... Pero ha de ser de alguna, ¿verdad, Joseliyo?
JOS. ¡Máma mía! No había yo caído en eso.
JUSTO Repito que nadie mejor que usted puede resolverlo. El señor Conde, yo le conozco bien, dará todas las explicaciones pertinentes al asunto, castigará a los infamadores, hará cuánto se le pida, pero por lo que diga y haga, ¿será creído?
MIG. Yo quisiera creerle, pero ¿y los demás?
JUSTO ¡Siempre el prejuicio de los demás!... Conforme con que todos duden del señor Conde, pero ¿usted va a dudar de su María Dolores? Pues si la cree buena, vaya a sus brazos y será el mejor mentís que dé usted a esa calumnia.
MIG. Claro que esa es una solución, pero ella, ¿por qué no me ha dado explicaciones?
JOS. Vamos por partes. Ella no ha podido darle ninguna, porque desde ayer esta usté huído y no ha vuelto a aparecer por su casa.
MIG. Eso es verdad.
JOS. Pues ya sobran las demás partes. Vaya en busca de María Dolores, arrójese en sus brazos, y si ella le sostiene, no hay duda, de usted es la chica.
MIG. ¿Y si me rechazase?
JOS. Pues alégrese que haya sido antes que de casado.
CONDE Yo le juro, Miguel, que María Dolores está limpia de toda falta.
MIG. Sí, quiero creerlo...
JOS. Pues vámonos, no sea que se impacienten

de nuestra tardanza los muchachos del pueblo y vengan a dar la paliza al señor Conde.

JUSTO ¿También eso?

JOS. Ustedes perdonen, pero era lo acordado si no hubiésemos llegado a este acuerdo.

JUSTO ¡Qué brutos! Pues vayan en seguida.

MIG. No teman ustedes, que no ocurrirá nada si es verdad que María Dolores me quiere a mí solo.

CONDE Nadie más interesado que yo en que resplandezca la honradez de María Dolores.

JOS. Lo presumía. (No hay nada mejor que organizar una paliza para deshacer una leyenda.)

ESCENA V

DICHOS y CRIADO

CRIADO Señor: una señora ha preguntado por el señor, y desea verle con urgencia.

JUSTO Dígala que no está.

CRIADO Dice, que el señor le ha dado una cita aquí.

CONDE (¡Es Rosalía! ¡Estoy perdido! ¡Valor!) Que vuelva luego. ¿ o oyes?

CRIADO Es que ha dicho que no ha de salir de aquí sin hablar con el señor.

MIG. Y nosotros no debemos de privarla de un deseo tan legítimo.

CONDE Casi será mejor. Di que espere. (Mutis Criado por el foro.)

ESCENA VI

DICHOS menos CRIADO

JOS. No debemos salir de aquí sin saber quién es esa señora.

MIG. Acaso sospechas...

JOS. Las mujeres son muy capaces de todo.

MIG. Pues salgamos a su encuentro.

CONDE (Cerrándoles el paso.) ¿Dónde van ustedes?

MIG. A salir por donde hemos entrado.

CONDE (Por primera izquierda) Por aquí salen ustedes al atajo.

JOS. *No es por ahí...* por donde vamos.

CONDE Pues Justo les guiará al sitio que deseen.

MIG. ¿Es que no quiere usted que veamos a la señora que le espera?

CONDE No es lo correcto.

JOS. ¿Acaso viene de tapadillo?

CONDE ¿Quién se permite decir tanta insolencia?

JOS. Es una preguntilla.

CONDE Sepa usted que las personas que vienen a mi casa, no tienen por qué ocultarse de nadie.

MIG. Entonces, ¿por qué no he de verla?

JUSTO La discreción lo impone.

MIG. ¿Y ustedes creen que en un hombre celoso puede haber discreción? Cada negativa porque vea a esa mujer, es una sospecha que aumenta mis temores. Si con verla se calman mis angustias, ¿por qué me lo impiden?

CONDE ¿Y por qué he de dar cuentas a nadie de mis actos?

MIG. Lo que yo le pido es tan justo, que negármelo sin una razón poderosa, sería una crueldad.

CONDE ¿Y si tuviese esa poderosa razón para ocultarle a esa mujer?

MIG. No puede haber más que una, que sea María Dolores.

CONDE Le digo que no.

MIG. ¿Y por qué ocultármela? ¿Qué teme? Si es María Dolores, le juro que saldré por esa puerta y para siempre del pueblo. Ya no es la posesión de esa mujer lo que me pone a sus piés suplicante, no, es luz que pido para ver con claridad mi desdicha y huir donde nadie pueda verme.

CONDE ¿No le basta mi palabra de caballero?

MIG. No puede convencerme nada más que viendo a esa mujer.

JOS. Y como no se la trague el castillo la veremos, si no es ahora a la salida.

CONDE No es que pueda avergonzarme de una acción villana, al recibir a esa señora, pero por los mismos respetos que ella se merece, yo debo ocultar su visita.

MIG. Si tiene temores de que un día pueda arrojarle al rostro el nombre de esa mujer que espera, le doy mi palabra de hombre, de que antes me arrancaré la lengua.

CONDE ¿Y mi deber?

MIG. ¿Y mi martirio?

JOS. ¿Y la conciencia, no le dice nada?

CONDE Sea. Creo en su palabra. Desde la puerta puede ver a esa señora.

MIG. (Corre a la puerta y mira al interior.) ¡Ella! ¡María Dolores!

CONDE / JUSTO ¡Eh! ¡No puede ser!

JOS. (¡Pero será verdad que este tío tenga ese gancho!)

MIG. ¡Era verdad! Adiós, señores. He de cumplir mi palabra.

CONDE Jamás. Ahora soy yo el que desea que presencie la entrevista para que se convenza de lo injusto de la acusación.

MIG. ¡Imposible! No he de verla.

CONDE Desde esa habitación puede usted oirnos cuanto hablemos y juzgar de nuestra conducta.

MIG. ¿No es bastante el que acuda a la cita que usted la dió?

CONDE La cita fué a otra persona.

MIG. Y ella, ¿por qué viene?

CONDE No sé explicármelo.

JUSTO Tal vez a pedir protección contra esa infamia.

JOS. Sí, por atún y a ver al Conde. (Me parece que mis oficios ya han terminado.) ¿Vamos, señor Miguel?

MIG. Sí, vamos.

CONDE Yo le ruego, si es usted hombre, que oiga nuestra conversación.

MIG. Pues bien. ¡La oiré!...

JUSTO Vengan ustedes por aquí.

JOS. ¡Qué gana tiene de que le den con la badila en los nudillos!... (Mutis los tres por la primera izquierda.)

ESCENA VII

CONDE y CRIADO

CONDE (Toca un timbre y aparece un Criado.) Que pase esa señora.

CRIADO Al momento. (Mutis.)

ESCENA VIII

CONDE y MARIA DOLORES

CONDE Pero, ¿a qué vendrá esa mujer? ¡Oh, qué duda! ¿Será María Dolores a quien di la cita

en vez de a su madre? Por si así fuera, que estos no puedan sorprenderme. (Cierra con llave la puerta por donde hicieron mutis los tres.)

M. Dol. (Saliendo.) Soy yo, señor Conde. ¿No me esperaba, verdad?

Conde Y me sorprende también que venga usted sola, porque no debe ignorar, que desde ayer vamos en lenguas de las gentes.

M. Dol. Ya se cansarán de soltar veneno. Yo no haría gran caso, si no comprometiese con ello la tranquilidad de mi novio pero como me quiere mucho y sabe que soy incapaz de traicionarle, dejo que digan.

Conde Pero es que si la han visto entrar en mi casa, darán por hecho lo que jamás podrá existir.

M. Dol. Mi novio no lo creerá nunca y la gente se convencerá de que estuvo equivocada.

Conde Pero en tanto su reputación sufrirá grave ofensa.

M. Dol. Es forzoso que la gente hable de mí para que no se ocupe de mi madrastra.

Conde ¡Eh! ¿Qué quiere decir?

M. Dol. Creí que me entendería, pero hablaré más claro. Vengo a la cita que dió usted a una mujer.

Conde Viene equivocada.

M. Dol. Es inútil que trate de disculparse, porque lo sé todo. Ayer en la tribuna, cometió usted la imprudencia de contar a mi madrastra la historia de unos amores.

Conde La juro que no tuvo más alcance que recordarla una fecha y un conocimiento.

M. Dol. Para escarnio de mi padre, ¿verdad?

Conde No, eso no.

M. Dol. ¿Y esta cita?

Conde No es para los propósitos que usted atribuye.

M. Dol. Pero no puede ser muy honrados, cuando se hurta la vista a los demás y se hacen a la sombra y en secreto.

Conde Así lo exigía la dignidad de su madrastra.

M. Dol. Destrozando la de mi padre.

Conde La repito que no, María Dolores.

M. Dol. Entonces, ¿a qué el misterio de esta cita?

Conde No debo, no puedo, no he de decirlo.

M. Dol. ¿Y no ha dicho usted bastante con su conducta?

CONDE Pero, ¿me cree usted tan infame? Sea más piadosa conmigo y no insista. Piense que por salvar el decoro de su madrastra, que no corre peligro, en él está usted poniendo el suyo y queriendo evitar una amargura a su padre, está dando lugar a robustecerla permaneciendo más tiempo en esta casa.

M. DOL. No he de salir de aquí más que con el convencimiento de que no le interesa esa mujer.

CONDE ¿No le basta mi palabra?

M. DOL. Necesito ver hechos.

CONDE ¿Y cuáles?

M. DOL. Esta es la hora de la cita; esa mujer vendrá a comprarle, al precio que usted le imponga, el silencio de su vida pasada.

CONDE No es eso, María Dolores.

M. DOL. Sí, que lo sé todo y para evitarlo, daré voces, llamaré la atención de las gentes, me confesaré culpable, destrozaré el porvenir, la felicidad, la ilusión de mi vida, todo antes de que hagan escarnio de mi padre.

CONDE No. ¡Eso tampoco será! (Se oyen golpes en la puerta primera derecha.)

M. DOL. ¡Ella es!

CONDE Salga usted, se lo ruego.

M. DOL. ¡Jamás!

CRIADO (Dentro golpeando la puerta.) Señor, señor. Abrid, corréis peligro.

CONDE ¿Qué nueva desgracia me espera? (Abre y aparece el Criado.)

ESCENA IX

DICHOS y CRIADO

CRIADO Señor, una turba ha sorprendido a los porteros, ha penetrado en el castillo y aquí llega en su busca, demandando una reparación.

CONDE Huya usted que no la vean.

M. DOL. No; tampoco he de abandonarle en estos momentos.

VOCES (Dentro.) ¡Por aquí! ¡Por aquí!

CRIADO ¡Ya es tarde!

M. DOL. Aquí me ocultaré. (Ocultándose detrás de las cortinas del ventanal.)

J. MAN. (Dentro.) Dejadme. Solo he de entrar.

ESCENA X

DICHOS y JUAN MANUEL, que aparece violentamente

CONDE Señor Juan Manuel.
M. DOL. (¡Mi padre!)
CONDE ¿Cómo aquí?
J. MAN. Vais a saberlo.
(El Criado hace mutis. Recitado con orquesta.)
Ya solos y frente a frente
estamos y es el momento
si de corazón sois noble
como lo sois de abolengo,
de decirme, de mi hija
y de mi honor, ¿qué habéis hecho?
CONDE Señor Juan Manuel, os juro
por los sagrados respetos
que merecen mis mayores,
que es una infamia del pueblo,
la de atribuirnos faltas,
que ni hubo en el pensamiento.
J. MAN. Si las hubo o no, esa es cosa
que después resolveremos.
Ahora, devuélvame al punto
lo que me robó.
CONDE No puedo
consentirle esa palabra,
que ni es propia, ni merezco.
J. MAN. Ni yo puedo decir otra
mientras me asista el derecho,
que yo siempre, ladrón, llamo,
al que me quita el sosiego.
CONDE Repito que es una infamia
lo que me atribuye el pueblo;
y bastarle a usted debiera
que lo diga un caballero.
J. MAN. Entonces, María Dolores,
¿no está aquí? ¿Tampoco es cierto?
M. DOL. (¡Estamos todos perdidos
si habla el Conde!)
CONDE No lo niego.
M. DOL. (¡Maldición!)
J. MAN. Y ahora la infamia,
¿de quién es? ¡Mal caballero!
CONDE ¡Señor Juan Manuel!
J. MAN. ¡Cobarde!

CONDE Basta, señor, de improperios,
que por estar en mi casa,
no castigo ni contesto.
J. MAN. ¿Dónde está María Dolores?
Yo necesito saberlo.
(Desde dentro dan golpes en la puerta primera izquierda.)
¡Eh! ¿Será ella?...
M. DOL. (¡Es mi madrastra
que llega para perdernos!)
CONDE (¡Ah! ¡Me salvé!)
J. MAN. Abrid al punto,
o no respondo.
CONDE (Se dirige a abrir la puerta.)
Al momento.
M. DOL. (Saliendo del escondite.)
(¡No ha de ser!) ¡Padre!...
J. MAN. (Abrazándola.) ¡Hija mía!...
(Separándola dulcemente.)
¿Tú con el Conde? ¡Era cierto!
M. DOL. No le culpéis a él de nada.
J. MAN. ¿Le defiendes?
M. DOL. ¡Le defiendo!
J. MAN. ¿Acaso es posible poder defender
el caso inaudito que acabo de ver?
CONDE Ni es ella culpable, ni yo instigador,
ni ofensa, ni daño, sufrió aquí su honor.
J. MAN. Ya es bastante que la gente
lleve a mi hija en entredicho,
y si la acusó sin pruebas,
¿qué dirá si entrar la ha visto?
M. DOL. No me importa lo que diga
el decir de lenguas malas,
contra todas, si son todas,
mi conciencia y yo se bastan.
J. MAN. No es así con gallardías
como salvas el decoro,
que no basta con ser buena;
hay que parecerlo a todos.
Y motivos muy sobrados
diste a la murmuración,
con venir sola a esta casa,
en secreto y sin razón.
CONDE Sobrada la tiene, y yo os la diré.
M. DOL. (Interponiéndose.)
¡Jamás! Yo me basto...
JOS. (Dentro, dando golpes en la puerta primera izquierda.)
¡Abrid!..

M. Dol. ¡No!...
J. Man. ¡Eh!..
Conde (Dirigiéndose a la puerta.) ¡Voy!... (Simultáneamente.)
M. Dol. (Al Conde.) ¿Qué hacéis?
Conde (Abriendo la puerta.) ¡Salvaros!...
M. Dol. ¡Perdernos!...
(Forcejeando con el Conde para que no abra.)
¡Oh! ¡No! ¡No ha de ser!
¡Atrás!...
Conde (Por Joseliyo.) ¡Adelante!
Jos. (Apareciendo por la puerta.) ¿Se puede?...
M. Dol. J. Man. (Retrocediendo.) ¡Es José!

ESCENA XI

DICHOS y JOSELIYO

Jos. Pa servir a usté.
J. Man. ¿Tú también aquí escondido?
¿Eres cómplice o inocente?
Me dirás lo sucedido
o de ti cuenta daré.
(Oprimiéndole el cuello como para ahogarle.)
Jos. (Forcejeando para desprenderse.)
No me apriete de ese modo
porque hablar así no puedo
y contarle debo todo,
todo, todo lo que sé.
(Después de una pausa que le sirve, más que para prepararse, para pensar lo que ha de decir.)

Parlante

Como usté, y usté perdone,
piensa solo en su yeguada
y de asuntos de familia
no se quiere usté ocupar,
yo, que el pan como en su hacienda,
y que soy agradecido,
que ofendiesen a su hija
no podía tolerar.
La calumnia fué rodando
hasta el novio de Dolores,

que si no llegó a creerla
le dió mucho que pensar.
Y a sacarle de sus dudas
o a vengarse del agravio,
venir le hice a pedir cuentas
a quien las podía dar.
Y el señor Conde, todo indignado,
de la calumnia que le envolvió,
protestas hizo de su inocencia
y con Dolores hablar pidió.
Venir la hice, con el pretexto
que vino el pueblo y aluego usté,
mientras nosotros tras de esa puerta
todo escuchamos, y el caso fué:
que el señorito Miguel espera
a que su hija le dé el perdón,
para quererla, para casarse,
para morirse del alegrón.
Esto es todo lo que sé,
conque ya lo sabe usté.

J. MAN. Es inocente tu narración
y a mí no hay nadie que me la dé.

Música

M. DOL. Le juro, padre, que es muy verdad
cuanto ahora mismo dijo José,
y si mi novio se arrepintió
de haber dudado y aun cree en mí,
yo le perdono su ceguedad
y muy gozosa le espero aquí.

ESCENA XII

DICHOS, MIGUEL y JUSTO

MIG. (Saliendo y arrojándose en los brazos de María.)
¡María Dolores!

M. DOL. ¡Miguel!

MIG. Por favor,
perdona si loco dudé de tu amor.

M. DOL. (Subiendo al foro.)
MIG. (Subiendo al foro.)
Amor nos quitó el sentido
y amor nos lo vuelve a dar,
y nos unió con cadenas
que romper nadie podrá.

(Quedan abrazados.)

Recitado

J. MAN. (Asombrado de lo que ve y sin darse cuenta.) ¡Será eso posible!

JOS. Ya lo ve usté; juntitos. Era un caso de conciencia.

J. MAN. ¡De conciencia! Luego era precisa una reparación a un mal causado. ¿Cuál ha sido?

JOS. La leyenda del señor Conde.

CONDE De la que he sido víctima, pero yo les juro que hoy quedará rota. Mañana nos vamos a la Corte.

M. DOL. (Con alegría.) ¿De veras? ¡Que Dios se lo pague!...

J. MAN. ¿Que os váis? ¿Acaso por la leyenda?... ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí, Joseliyo?...

JOS. Como ocurrir, no ha ocurrido nada; pero bueno será que de cuando en cuando, consultemos todos con la conciencia!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ROSALIA

ROS. (Dentro. Cantado.)

No son malas ni culpables
muchas veces las mujeres,
son culpables los maridos...

J. MAN. ¿Eh?

ROS. Que no cumplen sus deberes.

J. MAN. (Lanzando un rugido de fiera y dirigiéndose al Conde.) ¡Ah! ¡Si vuelve usted por aquí le parto el corazón!...

(Juan Manuel quiere lanzarse sobre el Conde, quien se dispone a repeler la agresión. Joseliyo se interpone entre ambos y detiene a Juan Manuel. Justo separa igualmenle al Conde. María Dolores intenta en vano llevarse a su padre, y Miguel, desde el foro, con el ademán, indica al Conde que salga por la puerta primera izquierda. Cuadro y telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Luis Pascual Frutos

Trabajar para su daño.
Los currinches.
El 15 de Mayo.
El portfolio madrileño.
El país de las mujeres.
El Wargraph.
Varietes.
El guitarrico.
La caprichosa.
La buena moza.
Los Catariongos.
Noche de vela (Diálogo).
El eterno masculino (Idem).
El eterno femenino.
La buena sociedad.
Elemental y superior (Entremés).
Sangre torera.
Solo para niñas.
El Ramadán.
La mujer del prójimo.
Musetta.
¡Si las mujeres mandasen!...
El amor del diablo.
La Liga de las señoras.
La Estrella del «Moulin Rouge».
El Club de las solteras.
Molinos de viento. (5.ª edición.)
Las hijas de Lemnos.
Canto de Primavera.
Sueño de Pierrot. (2.ª edición.)
Maruxa.
Las señoras del silencio.
Madame Valery.
Y así se pasa la vida...
María Dolores.

Precio: 1,50 pesetas